

CLAUDIO MAGRIS

A ciegas



A ciegas es la larga perorata de un utopista desencantado, un enfebrecido monólogo confesional cuyos continuos saltos temporales y digresiones contraponen, superponen o amplifican los sentidos de un melancólico relato complejo y elusivo.

Encerrado en un sanatorio mental, Salvatore Cippico rememora desde su demencia, y ya cerca del final de sus días, lo que ha sido su vida, una trayectoria vital que atraviesa los horrores de algunos de los acontecimientos más dramáticos del siglo XX, al tiempo que representa asimismo la grandeza y dignidad de quien es capaz de sacrificar su propio destino por una causa universal, de subordinarse al bien de la humanidad.

Cippico participó activamente en diversas contiendas bélicas del pasado siglo. Militante del partido comunista, primero combatió en la Guerra Civil española, luego fue militar del ejército yugoslavo en la Segunda Guerra Mundial. Lo deportaron al campo de concentración de Dachau por partisano y, posteriormente, fue a parar al gulag de Goli Otok por disidente. Finalmente, en los años cincuenta, emigrará a Australia, donde un siglo atrás también terminó sus días el danés Jorgen Jorgensen.

De la autobiografía de Cippico pasamos al relato de la tumultuosa vida de este oscuro e intrépido hombre de acción (Jorgensen pasará de autoproclamarse rey de Islandia a ser condenado a trabajos forzados en Australia). Y así, los contornos de las historias de sus vidas se funden y confunden en un delirio de voces en el que resuenan asimismo las de otros malogrados revolucionarios e insumisos perdidos en los pliegues infinitos de la historia; el argonauta al final de cuyo infinito viajar y continuas aventuras solo encuentra sangre, violencia y, finalmente, la muerte.

En *A ciegas*, Magris recuenta los restos de un naufragio vital colectivo. Narración fragmentaria, sus múltiples e imbricados relatos basculan entre historia y mito, memoria e invención, certidumbre y conjetura.

A J.

1

Querido Cogoi, a decir verdad no estoy seguro, por más que haya sido yo quien lo escribiera, de que nadie pueda contar la vida de un hombre mejor que él mismo. Claro que esa frase tiene un signo de interrogación; es más, si no recuerdo mal —han pasado ya tantos años, un siglo entero, el mundo aquí alrededor era joven, un amanecer húmedo y verde, aunque ya era una prisión—, lo primero que escribí fue precisamente ese signo de interrogación, que afecta a todo lo demás. Cuando el doctor Ross me incitó a redactar esas páginas para el anuario, me hubiera gustado —y hubiera sido honesto— mandarle un montón de folios con un signo de interrogación como una casa de grande y nada más, pero no quise ser grosero con él, tan benévolo y amable siempre, a diferencia de otros, y además no se trataba de irritar a una persona que puede hacer que te quedes sin un buen enchufe, como la redacción del almanaque de la colonia penitenciaria, y que te envíen al infierno de Port Arthur, a que te crucen la espalda a zurriagazos con el látigo de nueve tiras si, extenuado por todos aquellos pedruscos y por el agua helada, te sientas tan solo un instante en el suelo.

Así que puse entre signos de interrogación solo la primera frase, y no toda mi vida, mía, suya, de quien sea. La vida —decía Pistorius, nuestro maestro de gramática, acompañando con gestos circulares y sosegados las citas latinas en aquella aula pintada de un rojo que por la tarde

se ensombrecía y apagaba, brasas de la infancia que ardía en la oscuridad— no es una proposición ni un aserto, sino una interjección, un signo de puntuación, una conjunción, como mucho un adverbio. En cualquier caso, nunca una de las así llamadas partes principales de la oración —¿Está seguro de que decía realmente eso? Ah..., sí, doctor, es posible, tal vez no fuera él quien usara esta última expresión, debió de ser la maestra Perich, luego Perini, en Fiume, pero más tarde, mucho más tarde.

Por lo demás, esa pregunta inicial no se puede tomar en serio, porque contiene ya su más que sabida respuesta, como las preguntas que se hacen a los fieles en un sermón, alzando el tono de la voz. «¿Quién puede narrar la vida de un hombre mejor que él mismo?». Nadie, desde luego, parece que se oye el murmullo de la gente que responde al predicador. Si hay algo a lo que me he acostumbrado, es a las preguntas retóricas, desde que, en la cárcel de Newgate, escribía los sermones para el reverendo Blunt, que me pagaba medio chelín por cada uno de ellos y mientras tanto jugaba a las cartas con el guardián, esperando a que fuera a jugar yo también, así recuperaba muchas veces aquel medio chelín —no tiene nada de raro, estaba allí dentro también porque lo había perdido todo en el juego.

Pero por lo menos allí, en aquel calabozo, mientras escribía ante aquellos muros cochambrosos, era yo quien formulaba aquellas falsas preguntas, aunque fuera luego el reverendo el que se desgañitara con ellas desde el púlpito, mientras que en otras partes, por todos los lados, antes y después, durante años y más años y *per saecula saeculorum* me las han gritado en los oídos. «Así que toda aquella marimorena de Islandia la armaste tú solito, así, por amor a aquella pobre gente raquítica y tiñosa, sin que nadie te echara una mano para poner patas arriba todo el orden de los mares de Su Majestad, verdad, entonces escupiste sin pensar que estabas allí en fila con los demás escuchando el discurso del nuevo comandante del penal», y venga zurria-

gazo va y zurriagazo viene con el látigo de nueve tiras, «así que no reconoces esa cara de comunista, no la has visto nunca y esas octavillas te las encontraste en el bolsillo por puro milagro», y venga palos y puntapiés, «entonces no eres un espía, un traidor que ha venido a sabotear, haciéndose pasar por un camarada, la Yugoslavia libre y socialista de los trabajadores, a lo mejor eres un cerdo fascista italiano que quiere recuperar Istria y Fiume», y venga con la cabeza en el agujero del retrete o a correr lo más rápido posible entre las filas de los presos, que mientras pasas delante de ellos tienen que apalearte lo más fuerte que puedan y gritar «¡Tito Partija, Tito Partija!» —pero de dónde vienen todos estos gritos, qué ruido es ese, ya no oigo nada, de quién es este oído ensordecido aturdido que ya está fuera de combate, debe de haber sido un garrotazo y si alguien lo ha atizado alguien ciertamente lo habrá recibido, yo o bien otro.

Bueno, ya pasó, el alboroto se atenúa. También era esta una pregunta retórica; es mi oído, este, ya que usted, doctor Ulcigrai, se agacha hacia el otro, el izquierdo, cuando me pregunta «Así que tu verdadero nombre es Jorgen y esto lo has escrito tú», mostrándome el viejo cartapacio que encontré en aquella librería de Salamanca Place. Al menos usted no levanta las manos, es más, es amable, no se ofende cuando le llamo Cogoi, ni siquiera insiste en las preguntas. Si me quedo callado, me deja en paz, pero mientras tanto me lo ha preguntado y es inútil, porque usted ya conoce la verdad, o bien cree conocerla, lo que viene a ser lo mismo, y en cualquier caso conoce ya mi respuesta, cuando le contesto —si no, me la sopla, me la pone en la punta de la lengua.

Una respuesta firme y segura, en lo esencial; a veces, lo admito, un tanto confusa en los detalles. Pero cómo no iba a serlo con todo este ir y venir, con todas las cosas que se encabalgan, años y países y mares y cárceles y rostros y hechos y pensamientos y más cárceles y jirones de cielos en el

crepúsculo de los que la sangre mana a borbotones y heridas y fugas y caídas... Y la vida, tantas vidas, que no es posible mantenerlas juntas. Sobre todo a uno, extenuado por los interrogatorios sin tregua, le resulta mucho más difícil poner las cosas en orden, muchas veces no reconoce ni su voz ni su corazón. ¿Por qué cada cierto tiempo, moviendo adelante y atrás esa cinta, me hace repetir sus preguntas? Quizá para imprimírmelas mejor, ya entiendo, es verdad que a veces me pierdo, pero así, oyéndole a usted hablar con mi voz, me pierdo todavía más. En cualquier caso, cuanto más te interrogan, menos sabes qué responder —cae uno en contradicciones, dicen, y te ponen todavía más contra las cuerdas, por las buenas o por las malas, según el oficio que tengan.

No sé muy bien lo que quiere decir contradicción, pero lo que sí sé es que se cae en ella, eso está fuera de dudas. Y se desaparece, virutas absorbidas por remolinos de agua en el sumidero —aquí en el hemisferio austral el agua de la bañera gira en torno al agujero en sentido contrario a las agujas del reloj, en cambio en nuestra tierra, allí abajo, es al revés, en el sentido de las agujas. Se trata de una ley física, según he leído, les llaman las fuerzas de Coriolis —admirables simetrías de la Naturaleza, danzas en las que una pareja se adelanta mientras la otra retrocede, ambas hacen una reverencia cuando les toca su turno y el ritmo del baile no cesa. Uno nace y otro muere, una línea de infantería en la colina es acribillada a cañonazos, y otros uniformes y banderas están ya poco después de nuevo en lo alto de la colina, una descarga los acribilla a su vez. «Así que las cuentas acaban saliendo...». Sí, debe y haber, victoria y derrota, el baño penal en Goli Otok y luego los baños de mar en aquellas mismas maravillosas playas de la isla adriática, el comunismo que nos liberó del Lager y nos metió en un Gulag donde resistimos en nombre del compañero Stalin que entretanto metía a otros compañeros nuestros en los Gulag.

«Las cuentas acaban saliendo y aunque la sangre manche los libros mayores, no borra las cifras ni el cero final, la equivalencia de activos y pasivos». Si hay alguien que puede decirlo ese soy yo, que me he pasado un montón de años en la cárcel en la misma ciudad que había fundado, con sus primeras casas, su iglesia e incluso su cárcel, hace muchos años, cuando en este inmenso estuario del Derwent, en el que no se sabe dónde acaba el río y dónde comienza el mar, en este inmenso vacío en el que no hay nada hasta la nada de la Antártida y el Polo Sur, no había más que cisnes negros y ballenas que no habían sentido clavar-se nunca un arpón en su dorso y manar una sangre tan alta como el agua que echan por las narices. La primera ballena la arponeé yo, Jorgen Jorgensen, rey de Islandia y condenado a trabajos forzados, constructor de ciudades y de cárceles, de mi cárcel, Rómulo que acaba como esclavo en Roma. Pero todos estos remolinos de viento que dispersan el polvo de los muertos y los vivos no tienen mucha importancia. Lo decisivo es que a sus pleonásticas preguntas, doctor Ulcigrai, yo pueda responder netamente por lo que respecta a lo esencial, porque sé quién soy, quién era, quiénes somos.

¿Qué quiere decir ese «Si lo sabré yo», esto es, usted? Sí, ya entiendo, está convencido de ello. Toda la verdad está en ese cartapacio metido en el archivador —no ha sido difícil sacarlo sin llamar la atención, precisamente delante de sus mismísimas narices. Un juego de niños para quien se ha pasado la vida siendo espiado, perseguido, fichado, registrado, en la comisaría, en el Lager, en el hospital, la Ovrá, la Guardia Civil, la Gestapo, la Udba, el penal, el Centro de Salud Mental, y hay que hacer que desaparezcan cada vez los papeles. Incluso comiéndoselos, si hace falta; en cualquier caso enredar en ellos, antes de que te pillen. Ahora la carpeta está de nuevo allí, sacada y vuelta a poner en su sitio sin que nadie se haya dado cuenta de nada. Total esos papeles ya no los miráis, desde que os habéis vuel-

to tan modernos y os basta con apretar una tecla para saberlo todo. En cualquier caso, mi expediente está en el archivo y en mi cabeza, aunque sea aquel el que pretenda contener y explicar mi cabeza. Centro de Salud Mental de Bárcola, resumen del historial clínico de Cippico —también Cipiko, Cipiko—, Salvatore, ingresado el 27 del 3 de 1992, tras un previo internamiento de urgencia un mes antes. Será verdad. Ha pasado tanto tiempo... Repatriado desde Australia, con domicilio anterior provisional en casa de Antonio Miletti-Miletich en Trieste, calle Molino de Vapor, 2. Estupendo, os la he dado. Lo primero de todo es cambiar de nombre y dar una dirección falsa. Ellos tienen la manía de encasillarte de una vez para siempre, de meterte ya ahora en un verdadero nicho, nombre, apellido y dirección esculpido por la empresa de pompas fúnebres de una vez para siempre, y tú en cambio vuelves a barajar nombres, fechas, números —algunos los dejas así como estaban, con otros enredas un poco, así no entienden ya nada y no saben adónde ir a buscarte. Me parece estupendo que se crean que estoy con la cabeza arriba allí arriba, en Bárcola, mirando hacia Istria al otro lado del golfo de Trieste, la catedral de Pirano y Punta Salvóte, así aquí abajo, en las antípodas, a nadie se le ocurre ponerse a buscarme entre los que van cabeza abajo.

Nacido en Hobart Town, en Tasmania, el 10 del 4 de 1910. Si lo decís vosotros. Viudo —error garrafal. Casado. El matrimonio es indisoluble, le importa un pito la muerte, la suya y la mía. Profesión habitual, ninguna —una sí, a decir verdad, detenido. E interrogado. En el pasado desempeñó diversos oficios. En Australia consta que trabajó como tornero, después como tipógrafo en la tipografía del Partido Comunista de Annandale, Sidney, y como periodista en el *Risveglio* y en *Riscossa*, de la misma ciudad. Inscrito en la Liga Antifascista de Sidney desde 1928 y en el Círculo Matteotti de Melbourne, activista militante, implicado en los enfrentamientos de Russell Street de Melbourne en 1929 y

en Townsville en 1931. Fue expulsado de Australia en el 32 y regresó a Italia, donde ya había vivido de niño con su padre, entre el final de la Primera Guerra Mundial y la llegada del fascismo. Con qué cara de satisfacción está leyendo, doctor, ni que se tratara de cosas suyas, ni siquiera se da cuenta de las tachaduras y los retoques.

El mérito es suyo, más que mío; soy un poco torpe manejando ese trasto, con todas esas teclas, y si no me hubieran dicho que se llama PC, como el otro, ni siquiera lo habría intentado. Psicoterapia informática, nuevos tratamientos tecnológicos para los trastornos psíquicos. Así es mucho más fácil forzar un fichero. Basta algún que otro golpecito en un par de teclas, en lugar de tantas gaitas para distraer al dragón y robar el tesoro, y eres tú el que entras dentro de la ficha, en tu vida, y la mangoneas e inventas a placer. Bueno, solo alguna modificación de fechas y de lugares y algún nombre camuflado, retoques modestos, no era cuestión de abusar y además tampoco hubiera sido capaz. En cualquier caso, no tengo demasiadas objeciones que ponerle a esa ficha mía. Así que...

Trabajó algún tiempo como empleado en los astilleros de Monfalcone y en la sociedad marítima Sidarma. Despedido tras su detención por propaganda y actividad antifascista. Militante del partido comunista clandestino. Detenido en diversas ocasiones. Confirmando. Participó en la guerra civil española. Militar en Yugoslavia; partisano después del 8 de septiembre. Deportado a Dachau. En el 47 emigró junto a los dos mil «monfalconeses» a Yugoslavia para construir el socialismo. Trabajó en los astilleros de Fiume.

Tras la ruptura entre Tito y Stalin, arrestado por los yugoslavos como cominformista y deportado en el 49 al Gulag de Goli Otok, la Isla Desnuda, o Calva, en el Cuarnero. Sometido, como los demás, a trabajos inhumanos y extenuantes, a vejaciones y torturas. Es probable que se remontan a esa época sus trastornos delirantes y sus acentuadas manías persecutorias. Ya me gustaría verle a usted, doctor

Ulcigrai, después de un tratamiento como aquel, Dachau y Goli Otok, terapia intensiva, doble dosis. Personas a las que informar, ninguna. Exactamente, a nadie. Además sería peligroso si hubiera alguien informado sobre mí —tarde o temprano todo el mundo acaba por irse de la lengua, a lo mejor convencido de estar haciendo algo bueno, porque le han dicho que eres un enemigo del pueblo, un traidor.

En 1951 emigró a Australia. De constitución particularmente robusta. Cicatriz como resultas de una tuberculosis ósea contraída en Dachau. Otras cicatrices en distintas partes del cuerpo. Tendencia mitómana a exagerar sus propias adversidades. Qué fácil es decirlo para quien no ha estado un solo día enchironado. Ideas paranoides —claro, después de haber estado en todos los Lager de la tierra tengo la manía de creer que me persiguen. Obsesionado por la deportación a Goli Otok por obra de los yugoslavos en 1949. Tal vez se pregunte usted por qué esa obsesión, otra estu-penda pregunta retórica...

De todas formas esas preguntas retóricas —debe de haber sido el reverendo Blunt el que me dijo que se llaman así— me gustan, porque enseñan que no hay nunca respuesta a las preguntas, a menos que uno no la tenga ya en la cabeza y se la dé él mismo, como hace usted a menudo poniéndomela en la punta de la lengua, pero entonces es inútil seguir preguntando nada. Y sin embargo tal vez no; sienta bien oír lo que ya se sabe como respuesta; es solo la propia voz lo que se oye, como cuando allí arriba en la gavia se grita al viento. El grito se pierde en el mar, lo que has gritado no lo oyes más que tú, pero no estás muy seguro de que sea tu voz, a lo mejor una ráfaga de viento te ha traído la de otro, chillada desde lo alto de otro barco que ha desaparecido más allá del horizonte, como vi desaparecer a tantos en los años que pasé por todos los océanos; el barco surca rápido los mares y deja atrás las voces que suben de la cubierta y la bodega, pájaros que revolotean en la popa y luego se quedan atrás perdidos. Durante un rato

todavía distingues las voces, luego es un griterío indistinto, el viento te da en la cara y las alas de los pájaros te chirrían dentro de los oídos, voces, gritos, palabras, toda una chusma salvaje y flagelada dentro de tu cabeza.

Sea de quien sea, una voz es de todas formas un consuelo tras horas y más horas de soledad en un sombrío y fétido calabozo o allí arriba en la gavia, entre los golpes de mar que se lanzan para arriba, sordos y espumosos cañonazos contra las murallas de las nubes. Ya se puede gritar todo lo que se quiera, solos o muchos a la vez —no, no se está nunca solo, siempre tienes a alguien allí encima de ti—, pero nunca te responde nadie cuando pides algo de lo que necesitas. Todos mudos, como *Sir George*, que se calla cuando le suplico que presente en Londres mi solicitud de gracia, después de tantos años de colonia penitenciaria aquí abajo.

Incluso cité a Aquiles y a Agamenón —que, como leí en aquel escrito mío, saco a relucir diciendo que solo los reyes y los héroes de su talla tienen necesidad de un Homero para cantar sus gestas— para impresionar al Gobernador y a los de la Compañía de la Tierra de Van Diemen. Tienen que metérselo en la cabeza, y recordarlo, que no solo sé manejar el hacha para arreglar un remo o para abrir caminos en la selva —y mejor que muchos otros presidiarios—, sino también la pluma; es verdad que me embarqué a los catorce años en un *collier* inglés que llevaba carbón de Newcastle a Copenhague y me pasé cuatro años navegando entre Londres y el Báltico, pero leer libros los he leído —y también escrito—, y conozco a los antiguos tal vez mejor de lo que nuestro capellán Bobby Knopwood conoce la Biblia.

Pero con esta gentuza es trabajo perdido. Los únicos libros que saben leer son los libros mayores de la Compañía, con los pingües beneficios de su monopolio, y los registros del Almirantazgo. El compañero Blasich —el profesor Blasich, profesor del instituto— era un sinvergüenza y me envió creo que adrede a aquel infierno de Goli Otok, pero al me-

nos, con su griego y su latín, sabía apreciar la cultura; por lo demás el Partido ha admirado siempre y enseñado a admirar a los intelectuales, incluso cuando les tapaba la boca quién sabe si para siempre. Pero qué tiene que ver ahora, por qué me pregunta por Blasich, esa es otra historia, qué tengo yo que ver, déjeme respirar, no me enrede, que ya tengo bastante conmigo, como todos, por lo demás...

Déjeme terminar, estaba hablando de Aquiles y Agamenón, que para el recuento de sus hazañas tienen a un Homero a su alcance, mientras que yo tengo que hacerlo todo solo, vivir combatir perder y escribir. Está bien que así sea. Sería indecoroso si ellos, entre batallas, apariciones de dioses y ruinas de familias y ciudades, se pusieran también a hacer el resumen de la jornada; sería lo mismo que pretender que fueran en persona a socorrer a los heridos y a enterrar a los caídos. Para eso tienen a los esclavos devotos de Esculapio y a los sepultureros, igual que tienen a quien les corta la carne para la comida, y también al aedo que canta a los postres y pone orden en su vida, mientras que ellos lo escuchan amodorrados por la somnolencia.

Eso es, la somnolencia es una cualidad real. Las cosas te resbalan amortiguadas, como si estuvieran detrás de una capa de nieve; haces lo que hay que hacer, incluso matar o morir, pero con despreocupación. Los ricos, los poderosos, son los que poseen esa bendita desidia, y nosotros, los condenados de la tierra, estamos aquí para hacérsela añicos, pero yo también poseo esa virtud soberana, y por eso todavía estoy aquí, entre todas las cosas que se me caen encima, desde siempre, desde que era niño, como el techo de la Sala de los Caballeros, las paredes y los aparatosos retratos envueltos en llamas en el incendio del Palacio Real de Christiansborg de Copenhague, y yo indiferente al fuego y a la destrucción, a la Torre Negra que se derrumba con fragor, a los tizones que me caen encima como una lluvia; niño, sí, pero ya regimiento letárgico en la algarazara de la catástrofe, yo que luego reiné en Islandia durante tres se-

manas, indiferente incluso a la ridícula brevedad de mi reinado, rey solo por esa somnolencia, que protegió mi corazón de la puntiaguda hostilidad de las cosas... ¿Cómo? No, doctor, no se haga ilusiones, sus pastillas y sus frascos no tienen nada que ver, esta calma es mérito mío —y por lo demás, en cambio, galeote, marinero de baja leva, presidiario, condenado a aparejar las velas, a talar árboles en la selva, a romper piedras, recoger arena en el mar helado, escribir y...

Y esa gentuza pone en duda la sentencia con la que comienza mi autobiografía —que escribí solo para ellos, porque me lo pidió el doctor Ross para el Almanaque de Hobart Town. Ese entrometido que nadie conoce y que, cuando nos lleváis a la sala grande y nos hacéis jugar delante de las pantallas, se divierte chinchándome con mensajes que se hacen eco de lo que digo, no responde nunca a mis preguntas, sino que solo repite lo que digo. Ha repetido también esa frase y enseguida ha encontrado algo a lo que replicar. Ya se entiende que no es verdad, nadie puede contarse ni conocerse a sí mismo. Uno no sabe cómo es su voz; son los demás los que la reconocen y la distinguen. Es usted quien sabe cuándo soy yo el que habla, de la misma forma que yo le conozco a usted, a vosotros, a ellos, no a mí. ¿Cómo podría Aquiles narrar su cólera? Aquel delirio furibundo, para él, es algo que retuerce las tripas y hace que tiemblen los labios amoratados, como cuando se vomita porque el barco se bambolea sobre las olas o porque se ha bebido demasiado, como hacía mi Norah, cuando le daban permiso para salir de la colonia penitenciaria, en el Waterloo Inn, y no solo allí —y también yo, lo admito, pero era mi mujer y la única forma que tenía de mostrar mi respeto por ella ante todos los que se carcajaban en la taberna, porque ya sabían cómo iba a acabar cuando empezaba a beber, era emborracharme con ella. Unidos en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe y aquel era nuestro camino, el camino que hacíamos juntos, un hombre